

San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal: Testigos de la «unidiversidad» en la Iglesia

Morand Wirth, s.d.b.

Igual que la variedad en la creación es índice de la riqueza y la benignidad de la obra del Creador, así la diversidad de carismas y de funciones es una de las características más hermosas de la Iglesia y de su “unidiversidad”. Así lo entendieron y vivieron con especial profundidad Francisco de Sales y Juana de Chantal, conscientes de que la llamada a la santidad es para todos y cada uno y que pasa siempre a través de un “nosotros”.

Dios ha creado el “unidiverso”

Para expresar la “admirable diversidad” existente en la creación de Dios, y al mismo tiempo la “suma unidad del acto divino” que todo lo creó, san Francisco de Sales tuvo que inventar un vocablo nuevo que no existía en ninguna lengua: *unidiverso*. De este modo, quería ensalzar la unidad de la creación en su diversidad y su diversidad en la unidad. La unidad se opone a la confusión y al desorden, no a la distinción y a la variedad, de la cual, por el contrario, se sirve para dar belleza a las cosas, «*reduciendo todas las diferencias y diversidades a la proporción, la proporción al orden y el orden a la unidad del mundo*».

Lo que san Francisco de Sales afirma del

orden natural parece que se pueda aplicar al orden espiritual de los dones y carismas en la Iglesia. En el prólogo a su *Introducción a la vida devota*, él cuenta a Filotea la historia de Glicera, una famosa florista de la antigüedad, la cual, con las mismas flores, lograba componer un número increíble de ramos diferentes. La conclusión es obvia: del mismo modo actúa el Espíritu Santo.

En el prólogo del *Tratado del amor de Dios*, su obra maestra, explica lo mismo utilizando otra imagen: «*Si tú ves hermosas palomas a los rayos del sol, verás que el sol, dándoles con su fulgor, genera una infinidad de reflejos que dan origen a una gran variedad de matices y mutaciones de color*». Sin duda, el autor era consciente de la novedad de su enseñanza y, al mismo tiempo,

de la fuente única de todos los dones y carismas actuando en la Iglesia, que es el Espíritu Santo.

Entre estos dones y carismas con los que Francisco ha enriquecido a la Iglesia juntamente con santa Juana Francisca de Chantal, consideramos tres: la santidad para todos, el don del acompañamiento espiritual y el amor que lo comprende y perfecciona todo.

La santidad para todos

La novedad de Francisco de Sales ha consistido en colocar la vida espiritual al alcance de todos, común lenguaje claro, acorde a la sensibilidad de la época y con la fuerza de su testimonio personal. Efectivamente, si la santidad es amor, amor de Dios en primer lugar, así como, con un mismo movimiento, amor al prójimo, es accesible a todos, en todas las situaciones. La “devoción civil” que él enseña y propaga, tiene en cuenta todos los aspectos de la realidad humana, sobre la cual ejercerá una influencia benéfica. Para llevar una vida cristiana auténtica, no es indispensable retirarse del mundo, irse al desierto o entrar en un monasterio. Es verdad que la vida cristiana exige a veces una cierta soledad, pero eso no significa huir del mundo. Dirigiéndose a Filotea, es decir, a toda persona que quiere amar a Dios, el autor de la *Introducción a la vida devota* se propuso trazarle un itinerario de ferviente vida cristiana en medio del mundo, enseñándole que es necesario servirse de las propias alas para volar hacia las alturas de la oración, y, a la vez, de los propios pies para caminar junto con los hombres «en santa y amistosa conversación».

A pesar de todo, eso constituía una novedad, de la que Francisco era perfectamente consciente. Efectivamente, en su libro hallamos una cantidad de consejos y enseñanzas sobre temas que, antes que él,

la literatura espiritual había afrontado poco, como la vida de todos los días con sus problemas, sus quehaceres y cuestiones acerca del matrimonio, las relaciones sociales, la vestimenta, el esparcimiento, el juego y las amistades. Más en general, se ha reconocido que el obispo de Ginebra ha tenido el mérito de hacer entrar la religión en la vida y la vida en la religión.

La santidad es para todos, pero el camino para alcanzarla no es igual para todos, porque «hay que adaptar la práctica de la devoción a las fuerzas, a las ocupaciones y a los deberes de cada uno en particular». No sería correcto que el obispo quisiera estar solo como los cartujos, que los casados no quisieran renunciar a algo como, sin embargo, hacen los capuchinos, o que el artesano se pasara todo el día en la iglesia como el religioso.

«Caminad, pues, querida hija, y avanzad en mal tiempo y durante la noche... sed valiente, querida hija mía; con la ayuda de Dios, haremos mucho».

En este sentido, el papa Pablo VI pudo escribir que «nadie más ni mejor que Sales, entre los recientes doctores de la Iglesia, ha sabido, con la profunda intuición de su sagacidad, adelantarse a las deliberaciones del Concilio Vaticano II».

El don del acompañamiento espiritual

«Mi espíritu acompaña siempre al vuestro», escribió un día Francisco de Sales a Juana de Chantal, en un período en el que ésta se sentía asaltada por tinieblas y tentaciones. Y añadía: «Caminad, pues, querida hija, y avanzad en mal tiempo y durante la

noche... sed valiente, querida hija mía; con la ayuda de Dios, haremos mucho».

El amor perfecciona todas las virtudes: «Nosotros agradaremos a Dios, no por la grandeza de nuestras acciones, sino por el amor con que las realizamos». Y las virtudes más apreciadas son las pequeñas de cada día: paciencia, humildad, dulzura, deberes cotidianos, obediencia, amistad, mortificación del corazón, buenas conversaciones, buenos entretenimientos...

El director es padre, hermano y amigo. Lo que mejor caracteriza el estilo salesiano es el clima amigable y recíproco que une al director con la persona dirigida. Para él no hay verdadera dirección espiritual si no hay amistad, intercambio, comunicación, influencia recíproca. Con Juana de Chantal la reciprocidad llegó a ser tan intensa que transformó “lo mío” y “lo tuyo” en “nuestro”.

Obediencia al director, pero en un clima de confianza y de libertad. Francisco de Sales se la recomienda a Juana de Chantal con relación a su primer director. Cuando, después de haber conocido a Francisco de Sales, quiso cambiar de director, cayó en un mar de escrúpulos, y éste, para tranquilizarla, le indicó otro camino:

«He aquí la regla general de nuestra obediencia, escrita en letras muy grandes: hay que hacerlo todo por amor, nada a la fuerza; hay que amar la obediencia más de lo que se teme la desobediencia. Os dejo el espíritu de libertad: no el que excluye la obediencia porque entonces habría que hablar de una libertad de la carne, sino el que excluye la coacción, el escrúpulo y la prisa».

La confianza que Francisco inspiraba no

provenía de él: es Dios –pensaba– quien «inclina a tantas personas a entregarme las llaves de su corazón; o mejor, a abrir delante de mí la cerradura de su casa, para que pueda ver todo lo que hay dentro».

Cuando escribe a su «queridísimo y único padre», Juana le manifiesta su deseo y su pasión de ser totalmente de Dios, pide consejo y oraciones y, se preocupa de “nuestra” salud corporal y espiritual. Como Francisco, ella pasa al “nosotros” para expresar su unidad sobrenatural, hablando de “nuestro corazón” y de “nuestra santa unidad”. Francisco, por su parte, era consciente de todo lo que había recibido gracias a esta amistad con Juana y las primeras religiosas de la Visitación. Ofreciendo al lector su tratado, escribe: «Se lo debo a esa comunidad bendita», en particular a «quien es su madre y la preside» y que la ha «asistido de un modo especial».

El amor, que todo lo integra y perfecciona

«En la santa Iglesia, todo pertenece al amor, vive en el amor, se hace por amor y viene del amor», escribe Francisco en el prólogo del *Tratado del amor de Dios*.

Los mandamientos de Dios se compendian en el precepto del amor. Ahora bien, como es tarea del amor hacernos practicar todos los mandamientos de Dios sin excepción en su totalidad, le corresponde a la devoción añadir prontitud y diligencia.

Solamente la caridad nos eleva a la perfección, pero los consejos evangélicos son los tres grandes medios para alcanzarla: «La obediencia consagra nuestro corazón, la castidad nuestro cuerpo y la pobreza nuestros bienes al amor y al servicio de Dios: son los tres brazos de la cruz espiritual».

Además, el amor, que es bienaventuranza, encierra en sí las ocho bienaventuran-

zas, porque nos hace amar –o al menos aceptar con amorosa sumisión– la pobreza, la aflicción, la dulzura, las privaciones, la misericordia, la pureza del corazón, la paz y las persecuciones.

«¡O amar, o morir! ¡Morir y amar! Morir a todos los demás amores para vivir el de Jesús, para no morir por la eternidad; de modo que, viviendo en tu eterno amor, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente».

La caridad incluye también los siete dones del Espíritu Santo. Según san Francisco, la sabiduría es el amor que nos hace gustar cuán amable es Dios; el intelecto es el amor que nos hace penetrar la belleza de los misterios de la fe; el consejo es el amor que nos hace discernir los medios adecuados para perfeccionarnos; la fortaleza es el amor que nos hace combatir el mal; la ciencia es el amor que nos hace conocer el mal para detestarlo y el bien para realizarlo; la piedad es el amor que nos hace responder con corazón filial al amor del Padre; el temor es el amor en cuanto nos hace huir del mal que no agrada a Dios.

Los frutos del Espíritu Santo son nueve

(doce en la biblia utilizada por san Francisco), pero en realidad, como dice san Pablo, hay un único fruto: la caridad (Ga 5, 22); los otros son propiedad y cualidad del único fruto, como la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la mansedumbre, etc. y la caridad se llama “fruto” porque es agradable y deliciosa.

El amor perfecciona todas las virtudes: «*nosotros agradaremos a Dios, no por la grandeza de nuestras acciones, sino por el amor con que las realizamos*». Y las virtudes más apreciadas son las pequeñas de cada día: paciencia, humildad, dulzura, deberes cotidianos, obediencia, amistad, mortificación del corazón, buenas conversaciones, buenos entretenimientos...

Por último, hay que reconocer que ni siquiera la muerte se ha de separar del amor. El último capítulo del *Tratado del amor de Dios* nos conduce al monte Calvario, «*monte de los enamorados*», donde hallamos «*la verdadera academia de la dilección*”. Esta es la conclusión del autor: «*¡O amar, o morir! ¡Morir y amar! Morir a todos los demás amores para vivir el de Jesús, para no morir por la eternidad; de modo que, viviendo en tu eterno amor, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente: ¡Viva Jesús! ¡Amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! Amo a Jesús que vive y reina por los siglos de los siglos. amén*».

«La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar; o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad».

Evangelii Gaudium, 46